

HISTORIA  DE

Estados Unidos

Erika Pani

El pasado, el presente y el futuro de un país que empezó como pequeñas colonias británicas y llegó a ser la potencia hegemónica en el mundo.

Título original:

Historia mínima de Estados Unidos de América

© Erika Pani, 2016

De esta edición:

© Turner Publicaciones S. L., 2016

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, d. f.

www.colmex.mx

Primera edición: marzo de 2016

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-16354-10-8

Diseño de la colección:

Sánchez / Lacasta

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Para Iñigo, nuestro gringuito
Y para Bernardo, que siempre juega de local

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

I. EL NUEVO MUNDO: ENCUENTRO DE TRES CONTINENTES (1492-1763)

Un continente aparte: Actores y repertorios

Los indígenas

Imperios transoceánicos

Aventureros y zelotes; granjeros y comerciantes:

Los ingleses en América

El Sur: La bahía de Chesapeake, las Carolinas y Georgia

Nueva Inglaterra

Las colonias del Atlántico medio

Vida colonial y ajustes imperiales

II. REVOLUCIÓN Y CONSTITUCIÓN (1763-1799)

En la estela de la Guerra de Siete Años

Geopolítica para un nuevo imperio

Que paguen las colonias

Revolución

Una revolución mental

Independencia y guerra

Republicanos del Nuevo Mundo

Una unión desgana

Constitución

“Una unión más perfecta”

Para establecer un orden constitucional

III. LA JOVEN REPÚBLICA Y SU IMPERIO (1800-1850)

Allende de las fronteras. ¿República o imperio?

La expansión como transacción: La Luisiana

República, guerra y diplomacia

La consolidación de la "democracia americana"

Otras revoluciones

La "peculiar institución" y sus consecuencias políticas

IV. GUERRA CIVIL Y RECONSTRUCCIÓN (1850-1877)

Una "casa dividida": El camino a la guerra

"Carnicería patriótica": La guerra

El impasse

Guerra y Estado

La Reconstrucción (1865-1876)

Un nuevo orden constitucional

La "Revolución" entre prejuicios, tribunales y negociaciones políticas

V. AMÉRICA TRANSFORMADA (1877-1920)

El gigante industrial

Auge: Mercado, transporte y organización

"Una nación tan grande como su pueblo": Población y urbanización

¿Un nuevo modelo político?

La insatisfacción democrática

Construyendo mundos alternos

De imperio renuente a potencia complacida

VI. DE GIGANTE REACIO A SUPERPOTENCIA (1921-1991)

De la "prosperidad permanente" a la "Gran Depresión" y el "Nuevo trato" (1921-1941)

La segunda Guerra Mundial (1941-1945)

Los avatares de una superpotencia

La Guerra Fría: Escenarios distintos

La Guerra Fría en casa: El rojo bajo la cama

"Not with a bang, but with a whimper": El fin de la guerra

El sueño americano ¿para todos?

La república en crisis

EPÍLOGO: DOS ELECCIONES, VARIAS GUERRAS Y UNA CRISIS
(1992-2014)

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro fue como combinar un maratón con un retiro espiritual para pensar cosas importantes. Quienes conocen mi falta de habilidad y gusto por lo atlético sabrán lo que esto significa. Adquirí, en el camino, muchas deudas, abstractas y concretas. Para quien pretende hacer una síntesis de una historia tan amplia, compleja y trascendental como la de Estados Unidos nada es tan valioso como contar con una historiografía como la estadounidense, rica, sólida y variada. De este lado del río, y en primer lugar, agradezco al doctor Pablo Yankelevich por haberme invitado colaborar en un proyecto editorial tan interesante, para pastorearme después con enorme paciencia y solidaridad. Acepté escribir esta historia mínima por audaz e irresponsable, pero espero no haber desmerecido su confianza.

Desde hace varios años mis colegas del Centro de Estudios Internacionales —Gustavo Vega, Reynaldo Ortega Ortiz, Irina Alberro, Ana Covarrubias, Marta Tawil y Laura Flamand— me han permitido torturar periódicamente a sus estudiantes, impartiendo el curso de Historia de Estados Unidos. Ha sido una experiencia gratísima, que constituye la columna vertebral de este ejercicio de síntesis. Por lo que le debo a mis alumnos espero haber respondido a algunas de sus inquietudes recurrentes y dejado en claro en estas páginas por qué insisto tanto en la importancia de las cuestiones raciales y de las decisiones judiciales, cuyo peso dentro del curso no responde a una malsana obsesión con los magistrados de la Suprema Corte (salvo quizás alguno).

Este libro se ha nutrido de las conversaciones, las pistas y el apoyo de numerosos colegas con quienes he tenido la fortuna de dialogar, entre los que se encuentran Don Doyle (cuya invitación al coloquio “American Civil Wars. The Entangled Histories of the United States, Latin America and Europe” en Columbia, Carolina del Sur, en marzo de 2014, me permitió repensar este episodio crucial), Daniela Gleizer, Gerardo Gurza, Patrick Kelly, Andrés Lira, Carlos Marichal, Graciela Márquez, Pablo Mijangos, Antonia Pi-Suñer, Jay Sexton, Marcela Terrazas, Mauricio Tenorio y Cecilia Zuleta. Soledad Loaeza y Vanni Pettinà leyeron todo el manuscrito con ojo acucioso y gran generosidad. Sus pertinentes comentarios y sugerencias, así como los del dictaminador del texto, hicieron mucho por enriquecerlo, me ayudaron a precisar y reforzar los argumentos y me ahorraron varias metidas de pata. A Paolo Riguzzi le di tanta lata, y sus intervenciones fueron tan importantes, que lo pondría como coautor si no fuera porque no quiero hacerlo responsable de mis errores y de las interpretaciones que no comparte.

Escribí esta Historia Mínima como directora del Centro de Estudios Históricos, desde donde mejor puede apreciarse el privilegio que es trabajar en El Colegio de México, por la disponibilidad y eficiencia de su personal administrativo —y en especial de Hortencia Soto, secretaria del CEH— y lo espléndido de su biblioteca, en la que Micaela Chávez y Víctor Cid están siempre dispuestos a resolver problemas y conseguir lo que hace falta. El compromiso de mis colegas del CEH con el trabajo y la excelencia académica, su entusiasmo y creatividad, son a un tiempo ejemplo y aliciente por los que estoy profundamente agradecida. Espero no tener que decir nada a mis papás y a mis hermanos, ni a Pablo, Iñigo y Bernardo. Este libro, como todo lo demás, es suyo.

INTRODUCCIÓN

Ahí están los grandes mitos, los mitos de la felicidad, del progreso, de la libertad [...] están el pragmatismo y el optimismo; y luego están los americanos [...] esa colectividad que se enorgullece de ser la menos histórica del mundo, de nunca complicar sus problemas con costumbres heredadas o derechos adquiridos, de enfrentar como virgen un futuro virgen en el que todo es posible; y ahí están los tanteos a ciegas de un pueblo desorientado que busca una tradición en qué recargarse...

Jean Paul Sartre, "Los americanos y sus mitos", 1947

El objetivo de la primera Historia Mínima que publicara El Colegio de México en 1973 era presentar al lector no especialista un panorama completo, sintético y riguroso del desarrollo histórico de su país, escrito de manera ágil y amena. Casi 50 años después la colección cuenta con 28 títulos, que se dirigen no sólo al lector mexicano sino a un público iberoamericano interesado en el pasado como horizonte amplio. Se han publicado historias mínimas sobre temas muy diversos —economía, constitucionalismo, esclavitud, relaciones exteriores, democracia, educación, cultura y música—, de naciones histórica y culturalmente cercanas a México —España, Cuba, Chile, Perú y Argentina— o, por el contrario, muy lejanas, como China, Corea y Japón.

Es difícil ubicar a Estados Unidos de América sobre este gráfico de distancia y coincidencia. A más de un siglo de

que el “coloso del Norte” se consolidara como el poder hegemónico continental, escribir la historia de Estados Unidos desde la América que definimos como “nuestra” significa, necesariamente, hacer la crónica de la que nos es ajena. Quiere decir dar cuenta de realidades profundamente distintas a la nuestra, no obstante estar intensamente imbricadas en ellas. Desde que los de acá eran españoles y los de allá británicos construimos identidades colectivas en oposición a la de esos protestantes rústicos, esclavistas y mataindios. Para las naciones que surgieron del resquebrajamiento de los imperios español y portugués la primera república del continente ha representado un modelo a seguir y un nuevo imperio depredador, apoyo hipócrita de tiranos locales. La economía estadounidense ha sido una fuente de capitales, de lazos comerciales, de oportunidades de negocios y de “modernidad”, y también de dependencia y explotación. En Iberoamérica a Estados Unidos se le teme como al abusón de la cuadra, se le desprecia por encarnar el materialismo más craso y millones lo imaginan —y muchos lo viven— como la tierra prometida.

Escribir una Historia Mínima de Estados Unidos presenta por lo menos dos desafíos. El primero es el que enfrentan todos los autores de esta colección: tener que reducir y compactar historias largas y complejas para contarlas en un número limitado de páginas. El segundo atañe sólo a quien escribe este volumen, y es determinar qué necesitan saber los lectores hispanoamericanos sobre el vecino de arriba. Se trata, en última instancia, de una decisión personal y, por lo tanto, arbitraria. Me parece que este texto debe, por lo menos, explicar cómo las trece colonias que Gran Bretaña plantó sin demasiado entusiasmo en América del Norte dejaron de ser periferia para convertirse primero en la potencia hegemónica continental, después en el centro de la historia global.

Para lograr esto lo primero que tiene que hacer esta historia es dismantelar el relato providencial cuyo glorioso final estaba ya escrito desde el principio. Debe desbaratar la imagen persistente del país de la poca historia y los muchos mitos, el cuento de la sociedad que nació moderna y sin fracturas y que, al grito de “¡Libertad!” e impelida de manera irresistible por el “individualismo posesivo” se apropió hasta del nombre del continente y se convirtió en la nación más poderosa del mundo. Dado que la mitografía que deforma la historia de Estados Unidos —lo sabemos, y lo dijo Sartre— ha sido particularmente eficiente, revisaremos de manera brevísima, al principio de cada capítulo, cómo se ha contado esta historia, las maneras en las que los historiadores han interpretado los grandes procesos que le dieron forma, a veces simplificándolos y aplanándolos.

La Historia mínima de Estados Unidos de América también tiene que desagregar al que queremos ver como un actor monolítico, coherente e inmutable. Está obligada a marcar sus numerosas y a veces contradictorias transformaciones y dar cuenta de la enorme diversidad —étnica, religiosa, lingüística, cultural— de una sociedad fincada sobre lo que fue tierra de conquista, de colonización y de inmigración. Para un país que estuvo en riesgo de escindirse al mediar el siglo XIX estas páginas también tienen que describir la construcción —y disgregación— de regiones cambiantes, permeables y traslapadas, moldeadas por procesos históricos —léase políticos, demográficos, económicos y culturales— distintos: deben, por lo tanto, dar cuenta de la construcción progresiva de un sistema colonial articulado en torno a espacios diferenciados (la bahía de Chesapeake, el espacio caribeño, Nueva Inglaterra, el sur, el Atlántico medio, el primer Oeste); del surgimiento de conceptos maestros para pensar el territorio como ocupado, vacío o de frontera; de la escisión Norte/Sur, que influyó sobre la política prácticamente desde que se fundó la nación; de la generación de una lógica de expansión territorial pautada y

normada por el federalismo; de la consolidación y articulación de las regiones Costa, Golfo, Planicie y Montaña o Este, Sur, Medio Oeste, Oeste y Pacífico.

El relato tiene que ponderar cómo tanto las particularidades de Estados Unidos como el desarrollo de una historia más amplia dieron forma a su experiencia. Procurará, entonces, por un lado, recuperar la forma en la que se desarrollaron procesos históricos transnacionales y compartidos: el establecimiento del sistema imperial atlántico a partir del siglo XVI y su destrucción durante la “era de las revoluciones”; la consolidación, durante la segunda mitad de este siglo, del Estado-nación centralizado, por encima de las autonomías locales y regionales que desde las independencias habían dominado el escenario político en gran parte del continente; la industrialización que, si bien siguió las pautas de transformaciones tecnológicas y de un capitalismo que no encajonaban las fronteras, se desarrolló sobre un escenario privilegiado, dotado de una vigorosa economía comercial, un territorio rico en materias primas y un dinamismo demográfico sin parangón.

Por otro lado, esta crónica también tiene que dar cuenta de aquellos procesos que han llevado a propios y extraños a pensar que Estados Unidos es, a un tiempo, una nación excepcional y el esbozo del futuro de la humanidad, “universal e irresistible”, como lo describiría uno de sus más lúcidos observadores, el francés Alexis de Tocqueville. Por eso prestará particular atención al desarrollo del primer experimento democrático moderno: la construcción de un orden político republicano, representativo, constitucional y federal que, a lo largo de más de 225 años, ha logrado, las más de las veces, digerir y desactivar presiones, tensiones y conflictos gracias a un poderoso imaginario nacionalista, a través de mecanismos de inclusión y exclusión —en los que las construcciones de género, pero sobre todo de raza, desempeñaron un papel destacado—, del juego de equili-

brios implícito en el bipartidismo y de los “frenos y contrapesos” que supusieron la división de poderes, el antagonismo entre autoridades federales, estatales y locales y el recurso al poder Judicial como árbitro de una amplísima gama de conflictos.

El texto se detendrá también en la intersección entre la historia política y la social para describir algunos rasgos distintivos, perdurables e influyentes de la sociedad estadounidense: la constitución de una esfera pública excepcionalmente vibrante, multifacética y participativa pero no particularmente heterodoxa o contestataria, pues, como subrayara el mismo Tocqueville, al conferir a la mayoría “la autoridad tanto física como moral” ésta terminaba coartando “la independencia de pensamiento y la verdadera libertad de discusión”. Uno de los pilares de esta esfera pública ha sido el vigoroso asociacionismo de los estadounidenses, quienes, a pesar de su cacareado individualismo, “están siempre formando asociaciones [...] religiosas, morales, serias, triviales, muy generales y muy limitadas, inmensamente grandes y diminutas”. Esta sociedad, dispersa, abigarrada y conflictiva pero organizada, es el actor central de la historia que se va a contar.

En el ejercicio de escribir una Historia Mínima el autor deja de lado muchas de las herramientas con las que acostumbra trabajar, y sin las cuales se siente desprotegido. Extraña sobre todo las notas a pie de página, que son las que permiten dar crédito a aquellos colegas cuya obra hace posible un trabajo de síntesis como éste. De manera quizá más trascendente, el esfuerzo por comprimir el pasado obliga a dejar fuera multitud de sucesos, procesos y personajes. Ésta no es, entonces, sino una de las muchas versiones que podrían darse del colorido, contradictorio y denso acontecer estadounidense. Esperamos, sin embargo, que el ensayo bibliográfico que se incluye al final del libro, además de